

MURCIA Y EL AJEDREZ

José Emilio Iniesta González

Quizás a algunos les parezca raro relacionar el ajedrez con las tierras murcianas, en donde, si bien es cierto que este juego (¿sólo un juego?) tiene practicantes y aficionados, no destaca por ser excesivamente popular. Sin embargo durante la Edad Media el ajedrez enriqueció la cultura de la Región Murciana, apareciendo vinculado a señalados personajes históricos. El ajedrez, procedente de tierras tan remotas como la India y Persia, fue traído a España por los árabes, y difundido desde nuestro país al resto del mundo occidental. Y precisamente en aquel Al-Ándalus espléndido y a veces turbulento destacó como gran ajedrecista el poeta y aventurero Ibn Ammar, que acabó proclamándose sultán de Murcia en la segunda mitad del siglo XI. En su novela histórica *El Puente de Alcántara* (ya comentada en el número 19 de esta revista), el escritor alemán Frank Baer nos recrea los distintos ambientes de la Taifa murciana y en especial de la ciudad de Múrsiya. En uno de los episodios de la obra más logrados, Ibn Ammar desafía a un jugador de ajedrez profesional dentro de unos Baños (¿por qué no los antiguos baños árabes de la calle Madre de Dios, bárbaramente destruidos en 1953?), al que acaba venciendo. Según cierta tradición semilegendaria, Ibn Ammar, durante su etapa como visir del rey de Sevilla, logró detener una invasión de Alfonso VI retándolo a una partida en la que «nuestro» poeta y ajedrecista salió victorioso, por lo que el castellano hubo de retirar sus mesnadas. No creemos que el repliegue de Alfonso se debiera a una partida de ajedrez, pero sí que Ibn Ammar utilizaría sus proverbiales dotes de persuasión, diplomacia y astucia, que manejaba con tanta maestría como peones, torres, caballos o alfiles (¡en cierta ocasión engañó a los catalanes pagándoles con oro falso!). En cualquier caso, Ibn Ammar, murciano de adopción, llegó a ser un ajedrecista de leyenda.

Al parecer fue el músico iraquí Ziryab quien trajo el ajedrez a España a principios del siglo IX, durante el reinado del emir Abderramán II, precisamente el soberano que mandó fundar Murcia como nueva capital de esta provincia o «kora». El juego del *al-shatranj* o ajedrez gozó de inmensa popularidad entre los hispano-árabes, siendo su conocimiento y su práctica algo casi imprescindible para un andalusí de clase alta o media. Y así mismo fue practicado bastante por las mujeres, tanto por las damas nobles como por ciertas «esclavas de lujo» que en unas academias especiales eran adiestradas en la música, la danza, la recitación, la conversación amena, o juegos diversos entre los que destacaba el ajedrez.



Durante los siglos XI y XII, los árabes españoles compusieron sobre este juego «matemático» varios importantes tratados, los cuales fueron traducidos y refundidos en 1283 por Alfonso X, monarca tan honda y entrañablemente vinculado a Murcia. Su *Libro de axedrez, dados e tablas* fue decisivo para la propagación de este juego por toda la Europa cristiana. El Rey Sabio, gran aficionado al «juego de los 64 escaques», tuvo el acierto de elegir, entre las distintas variedades de ajedrez que entonces existían, el llamado «ajedrez grande», que era el favorito de los reyes de Taifas, y que con algunas pequeñas modificaciones se ha con-

vertido en el ajedrez actual. Y aunque Solalinde asegura que este Libro de Ajedrez «representa en su materia un avance sobre algunos libros orientales», su originalidad es relativa, pues de los 103 ejemplos de aperturas, ataques o defensas que en su obra nos presenta don Alfonso, casi noventa están directamente copiados de fuentes árabigas. Imaginamos al rey Alfonso, en uno de los bellos salones del Alcázar de Murcia, jugando un partida de ajedrez con su amigo Al-Riqotí, sabio musulmán ricoteño y primer rector de la Universidad Alfonsí de Murcia, escuchándose acaso de fondo una melodía de salterio interpretada por un juglar hebreo. Lo cierto es que una de las cantigas alfonsíes, llamada precisamente «Del Ajedrez», fue interpretada durante el mes de Mayo de 2000 por la orquesta de Eduardo Paniagua ante los muros de la Catedral, a pocos metros de donde reposan las entrañas del Rey Sabio. Hemos de advertir que el ajedrez andalusí tenía algunas diferencias con el actual: a veces jugaban piezas blancas contra rojas (hoy son siempre blancas y negras), y en lugar de la «reina» solía utilizarse el «visir» o ministro, que tenía todos los movimientos juntos de las demás piezas, incluido el del caballo.

Además de su afición a un juego tan ligado a las matemáticas, la relación del rey Alfonso con el científico murciano Al-Riqotí y con otros algebristas musulmanes debió de ser decisiva para que se consolidara en la Europa cristiana la numeración árabe (que ya había empezado a penetrar en el siglo XII), así como esas matemáticas que los árabes habían aprendido de los indios, y que ellos mejoraron y perfeccionaron admirablemente. Y para reforzar la vinculación entre esta importante obra del Rey Sabio con Murcia, diremos que una de sus mejores ediciones del *Libro del ajedrez* es la de Arndt Steiger, insigne medievalista germano que, llevado «por su devoción a Murcia» (palabras textuales suyas), estudió con fervor buena parte de la toponimia árabe de nuestra Región.



Pero no acaban aquí las curiosas vinculaciones entre el ajedrez y las tierras murcianas. Del siglo XV data este pintoresco «Romance del Ajedrez», que recrea poéticamente una de esas pugnas fronterizas entre cristianos y árabes, en este caso entre el alcaide de Lorca, Fajardo el Malo, y el sultán de Granada (probablemente Muley Hacén). Ofrecemos el romance íntegro: *Jugando estaba el rey moro / en rico ajedrez un día / con aquese gran Fajardo, / con amor que le tenía. / Fajardo jugaba a Lorca, / y el rey moro a Almería; / jaque le dio con el roque, / el alférez le prendía. / Con grande voz dice el moro: / «La villa de Lorca es mía». / Allí hablará Fajardo, / bien oiréis lo que decía: / «Calles, calles, señor rey, / no tomes tal la porfía, / que aunque tú me la ganases, / ella no se te daría; / caballeros tengo dentro / que te la defenderían». / Allí hablará el rey moro, / bien oiréis lo que decía: / «No juguemos más, Fajardo, / ni tengamos más porfía, / que sois tan buen caballero / que todo el mundo os temía».*

Don Juan Torres Fontes ha comentado admirablemente este poema desde el punto de vista histórico, aclarándonos que esta escena, aunque no exactamente real, refleja bien la psicología de ambos personajes, sobre todo la del turbulento alcaide lorquino. La situación en la frontera murciano-granadina fue en aquella época de «tablas», pues si bien es cierto que Fajardo logró la victoria de los Alporchones, los moros

penetraron varias veces en el Reino de Murcia con bastante impunidad, saqueando Cieza hacia 1.449. Y el extraño «compadreo» que en el romance observamos entre el musulmán y el cristiano dio mucho que hablar en la vida real, al ser acusado Fajardo de favorecer ataques de los árabes contra ciertas localidades murcianas, ¡y hasta alicantinas!, a cambio de recibir sustanciosos regalos y una parte del botín. Para los valencianos no cabía duda, y así lo escribieron: *Alfonso Fajardo, lo qual en ses obres se mostra esser més moro que cristià, e alguns volen dir que ia renegat.* (Alfonso Fajardo, el cual en sus obras muestra ser más moro que cristiano, y algunos quieren decir que es ya renegado)

Desde el punto de vista lingüístico es una delicia oír la descripción del momento crucial de la partida, *jaque le dio con el roque, el alférez le prendía.* El «roque» es la torre. En cuanto al «alférez», pensamos que aquí pudiera ser el caballo (*faras* en árabe); alférez procede de la voz árabe *al-fâris* (jinete o caballero, y en castellano antiguo significaba «el jinete portaestandarte»). Recordemos que, en lenguas como el inglés, al caballo de ajedrez se le llama «el caballero» (the knight). Y a pesar de que el romance lo omite, quizás por evidentes razones de elipsis y economía lingüística, el ataque del rey moro podría ser el famoso y temible «mate árabe», que se hacía con caballo y torre.

Aunque el *Romance del Ajedrez* carece de la belleza y el lirismo del de *Abenámar*, tiene cierto paralelismo con él. En *Abenámar* la ciudad de Granada, convertida en una hermosa mujer, rechaza las proposiciones galantes del rey don Juan: *casada soy, rey don Juan, / casada, que no viuda, / y el moro que a mí me tiene / muy grande bien me quería.* En el poema del Ajedrez son los bravos caballeros lorquinos los que rechazarían la entrega de la ciudad al musulmán: *que aunque tú me la ganases, / ella no se te daría; / caballeros tengo dentro / que te la defenderían.* La

guerra y el amor en el bellissimo romance de *Abenámar*; el ajedrez y la gallardía en el del alcaide lorquino. ¡Qué admirables juglares los de aquella época! Creo, sinceramente, que el siglo XV es la única patria en el tiempo que un hombre decente debería tener, «¡y retaré a un duelo a espada (o a una partida de ajedrez) al bellaco que osare llevarme la contraria!»

Estas últimas palabras bien las podría haber pronunciado algún camarada del capitán Alatríste, ya saben, el personaje literario del cartagenero Arturo Pérez Reverte, una de cuyas mejores novelas es *La tabla de Flandes*, espléndida y apasionante intriga (con páginas de buena, de muy buena literatura), ambientada en dos planos cronológicos distintos, el siglo XV y la postmodernidad de finales del XX. Una compleja partida de ajedrez, pintada en una tabla flamenca es la única clave que puede explicar una serie de crímenes realizados en el pasado y en el presente. La habilidad narrativa de Pérez Reverte consigue que las vicisitudes de la partida resulten atractivas incluso para los lectores que nada saben de este extraordinario juego.

La palabra «ajedrez» procede del árabe *al-shatranj*, adaptación persa de la palabra *chaturanga*, que en sánscrito (una antigua lengua de la India) significa «los cuatro cuerpos del ejército», a saber, infantería, caballería, elefantes y carros de combate. Es evidente que la infantería está representada por los peones, y el cuerpo de jinetes por ese endiabrado caballo que salta sobre las demás piezas, sembrando el desconcierto en el campo contrario. Pero, ¿y los elefantes, tan característicos en los ejércitos indios? Resulta que alfil significa “el elefante” en lengua árabe (*al-til*). Y en cuanto al carro, advirtamos que se convirtió en la «torre». La palabra «roque», que en ajedrez significa torre (de ahí enroque y enrocar), viene del árabe *rujji*, que primitivamente quería decir carro. La palabra «jaque» procede del persa *shah*, rey o emperador; el sentido de la esta

voz ha variado debido a la expresión arábiga *shah mât*, «el rey murió»; de otro lado, *shah* ha dado lugar, a través de sucesivas deformaciones y malas lecturas, a «escaque» (casilla del tablero). Como curiosidad diremos que el ajedrez tiene un origen legendario vinculado a las matemáticas. Un rey indio pidió que inventaran para él un juego entretenido, remedo y sustituto de la guerra, ofreciendo como recompensa a su creador todo cuanto él pidiera. El sabio inventor se conformó con una retribución harto modesta: un grano de trigo por la primera casilla, el doble por la segunda; el doble de lo anterior (cuatro) por la tercera, y así sucesivamente, doblando cada casilla la cantidad de granos de trigo de la anterior. El premio parecía ridículo, pero cuando el rey echó cuentas, comprendió horrorizado que al llegar al último escaque la suma se elevaba a varios trillones de granos, cantidad que desde luego no contenían todas sus trojes. Tal vez esta leyenda la compusieron los matemáticos indios o persas para explicar a sus alumnos de forma divertida lo que es una progresión geométrica.

En la Edad Media española hubo tres célebres partidas de ajedrez (legendarias, a decir verdad), equivalentes a desafíos en toda la regla; dos de ellas están relacionadas con la Región de Murcia: la partida

entre Ibn Ammar y Alfonso VI lo estuvo por la personalidad del primer personaje, para quien Murcia fue «su pasión y su presa» (como hubiese dicho «Clarín»); y también, por supuesto, la del rey de Granada y el alcaide Fajardo. Sólo la partida protagonizada por el príncipe granadino Yúsf con el alcaide de Salobreña (y que le valió a aquél librarse de su condena a muerte) no tiene una relación directa con Murcia, si bien transcurre en ese fascinante siglo XV por el que, ¡voto a Dios! estoy dispuesto a batirme con cualquier *maestro de esgrima*, o me siento capaz de dar jaque mate al mismísimo Kaspárov.

BIBLIOGRAFÍA

- * Abd Al-lâh: *Memorias (el siglo XI en primera persona)*. Alianza Editorial. Madrid, 1980.
- * Alborg, J.L.: *Historia de la Literatura Española*. Gredos. Madrid, 1972.
- * Alfonso X: *Libro de axedrez, dados e tablas*. (edición de Arnald Steiger, con gramática y glosario; Zurich, 1941)
- * Baer, F.: *El puente de Alcántara*. Edhasa. Barcelona, 1995.
- * Ibero, Ramón: *Diccionario del ajedrez*. Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1989.
- * Pérez Reverte, A.: *La Tabla de Flandes*. Alfaguara. Madrid, 1992.
- * Torres Fontes, J.: *El romance del juego de ajedrez* (artículo aparecido en la Revista de Moros y Cristianos de Murcia). Murcia, 1993.

EL ARCO Y LA PALOMA

Poema de Al-Buqayra de Murcia (Abu Ya'far Ahmad ben Waddah, llamado Al-Buqayra)

Me asombra la ingratitud del arco,
que no es leal con las palomas del soto.
Antes, cuando era rama, fue su amigo;

Ahora que es arco, las persigue.
¡Tales son las vicisitudes de los tiempos!

Traducción de Emilio García Gómez

TRANSCRIPCIÓN FONÉTICA

لم تُرغِ حقَّ حمامِ الأَغْصَانِ عَجِبِي مِنَ الْقَوْسِ الْكَرِيهَةِ إِنَّهَا
وكذاك حُكْمَ حَوَادِثِ الْأَزْمَانِ أَضَحَّتْ لَهَا حَقَّقًا وَكَانَتْ مَأْلَفًا

Aachabí min al-qawsi-l-karíhati inna-há
Adhhat la-há hánakan wa-kánat máalafan

lam táraa haqqa hamá'imi-l-aghsáni
wa-kadaka hukmu hawádizi-l-asmáni